

PUERTOS.

Los que siendo niños respiramos con fruición la atmósfera de un puerto, vamos a través de los años, encontrando nuestra patria sentimental en los decorados que forman algunas barracas desvencijadas, algunas chimeneas mohosas y ciertos muelles, reidos por la marea a los cuales atracan goletas, remolcadores y cascos contrabechos, expulsados de la nomenclatura naval. Desde tal sitio, y encaramándose sobre un fardo o un tonel cubierto por el polvillo del carbón, se alcanza a divisar las chimeneas de las motonaves, la arboladura de un velero transformado en pontón y.... ¡El mar libre!....

El hombre, que no ha dejado de ser un muchacho playero, atisba, a través de la osamenta de grúas y bodegas, la franja azul que subraya el horizonte y desde ese rincón, tal vez miserable y seguramente ingrato para los estetas, sentirá que el mar es muchísimo más suyo que cuando lo admira desde la mundana balaustrada del balneario. La atmósfera fría y amarga de los puertos, el perfume acre del petróleo y del alquitrán, el crujido de las espigas tejadas por la marea, el granido de las gaviotas y, por encima de todo, el potente soplo oceánico, van formando las variadas estampas del álbum íntimo en el cual el hombre que fué bichicuman, gusta de sorprender la delicadeza y la profundidad de su experiencia.

¡Pasar, pasar!... Los puertos son una bienvenida, pero son también un adiós. Sobre todo, un adiós. Es igual que nos despidan con coloridos brillantes, bajo un sol de fiesta, o con la niebla y el hollín industrial de sus pulmones, porque la tristeza está siempre en el extremo del muelle agitando su pañuelo de lágrimas, de tal modo que al fin no sabemos si es más amargo el puerto gris que el puerto luminoso.

¿Amargo? Si, dulcemente amargo, como el amor, como la vida,.... Nos vamos y si el puerto que nos despide nos ha sido ingrato, partimos con la esperanza de algo más clemente, pero si ha sido amigo y generoso, nos hiere el presentimiento de abandonar el único sitio en que pudimos ser felices.

Pero ¿es la felicidad lo que realmente buscamos? Y si es así, ¿cómo definir esa felicidad? Es quizá la voluptuosa desolación que nos invade sobre el puente del navío cuando se van borrando a lo lejos las líneas y los colores del puerto amigo y generoso. Allí quedó amor, alegría, seguridad, lo mejor que el destino puede ofrecer al hombre. Vamos hacia lo incierto, tenemos los ojos húmedos, toda la soledad de la tierra cabe en nuestra alma y comprendamos que no mintió el que dijo:

¡Qué diablos! la vida es así... [manuscrito] Salvador Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Reyes, Salvador, 1899-1970

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

¡Qué diablos! la vida es así... [manuscrito] Salvador Reyes. 56 hojas ; 33 x 21,5 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile